

pocos que aún intentaban sacar a España del quietismo absolutista y centralizador a que se había llegado. Los ideales se mantenían fijos e inalterables. La pobreza y la esterilidad se habían extendido por todo el territorio peninsular, pero el agro seguía torzudamente fiel y por ello, herido en sus sentimientos más preciados de patria, religión, monarca y hogar, se inclinó decididamente a la lucha. Ignoraban que la religión estaba servilmente a las órdenes del Estado y que las instituciones existentes eran sólo eslabones de la cadena que los Borbones habían atado a su trono español. Las dos fuerzas que hubieran podido y debido haber estimulado al pueblo a salir de su secular sueño estaban inmovilizadas, porque la corte había absorbido a los personajes más conspicuos de la nobleza y clero, que sólo eran ya agentes pasivos del absolutismo monárquico. Habían fundido sus sentimientos patrióticos, religiosos y políticos en el monárquico, que la administración borbónica se encargó de mantener.

El hajo clero y el pueblo fueron los verdaderos enemigos de Napoleón y por ello la guerra de la Independencia fué en gran parte guerra de religión. El clero, enfervorizando al pueblo, que hacía siglos dormitaba y lanzándolo a la lucha, y libre por la invasión, de la coaccionadora influencia de la monarquía y nobleza y a la vez por instinto de conservación, se convirtió en el verdadero nervio de la defensa patria. Hubo una quiebra y fué que al desaparecer el elemento centralizador, con la prisión de Fernando VII y de la familia real y la incapacidad de la Junta Central para asumir sus funciones, tanto por falta de medios como de conocimientos necesarios para ello, al estar invadida toda la península no pudo uniformarse el movimiento de independencia y surgió otra vez el particularismo ibérico. Se formaron las juntas locales y hubo que organizar todo, empezando por el Estado mismo. La desunión se mostró por las innumerables juntas que se formaron y que se fueron multiplicando hasta el momento en que por instinto de conservación comprendieron la necesidad de superar la desunión y desintegración a que se había llegado. Se creó la Central que anuló ambiciones, unificó criterios dispares y reunió el mosaico de juntas en una general para todos.

Esta Junta Central fué la que intentó y finalmente logró controlar las numerosas partidas, que nacieron y se desarrollaron unas, se desbandaron o fundieron otras, porque la ambición llegó también a unirse al sentimiento patriótico y se previó el peligro de que se repitiera un caso, no insólito en nuestra historia, de exceso de generales y falta de soldados. Hubo muchas clases de guerrilleros, entre los que se mezclaban verda-

